

## LEER ES VIVIR

Toño Malpica

*Conferencia inaugural presentada en el Encuentro de Promotores de la Lectura en el marco de la Feria Internacional del Libro de Oaxaca, 2020*

Hace ya algún tiempo me hice de un libro que se llama “1001 libros que hay que leer antes de morir”. Naturalmente, uno, como cualquier lector, está ávido de recomendaciones. Y era éste un libro, se podía apreciar, con nada menos que 1001 recomendaciones. Un lujo. Aparentemente varios críticos y estudiosos y bueno, gente que sabe mucho de libros, se dio a la tarea de elegir los pilares de la literatura universal, donde el más viejito es “Las mil y una noches” y el más nuevito uno de un señor llamado Daniel Kehlmann, que por cierto no he leído.

Toda selección implica una elección. En el mamotreto hay pocos libros mexicanos. Y, fuera del tan paseado Principito, ninguno infantil, ni siquiera Harry Potter.

O sea que es cuestionable dicha selección porque en gustos se rompen géneros (y se ponen ojos morados). Pero tampoco, para ser honestos, es que al revisar esa lista vengan a la mente pensamientos del corte de: “¡Válgame! ¡No está “El periquillo sarniento”! ¡Jamás debí perder el tiempo leyéndolo cuando pude leer Crimen y Castigo!”

En todo caso, traigo a cuento el mencionado libro porque desde el título se pone doblemente trágico. Nos recuerda que moriremos algún día y que, si no ponemos manos a la obra cuanto antes, se nos irá la oportunidad de leer todo aquello que debimos.

“Que debimos”.

En esa sentencia va implícita la otra tragedia.

(Aquí un paréntesis: Urge que alguien vuelva de entre los muertos para que pase el tip. ¿Se puede seguir leyendo en el más allá? Porque, de ser así, podríamos soltarnos el pelo y disfrutar de todos los Diarios de Greg que queramos en esta vida.)

Pero volvamos a la tragedia de la lectura por números.

Supongamos que un buen lector termina, en promedio, un libro por semana. Lo cual puede ser una barbaridad porque... ¿cuál es el libro promedio? ¿Existe, en realidad, una forma de promediar libros? Porque tan libro es “Los pilares de la Tierra”, de mil cuatrocientas páginas, como “El viejo y el mar” de 120 y quiero ver al guapo que los ponga en la misma balanza, sobre todo a la hora de pagar en caja. (Ambos aparecen en el libro, obvio, de los mil y un deberes).

Pero bueno, para efectos de esta charla informal, continuemos con la barbaridad y pensemos que un libro es un libro, tenga las páginas que tenga y que, en promedio, puede ser concluido en una semana.

Redondeando a 50 semanas por año, los mil libros de los que estamos hablando nos tomarían veinte años de nuestra vida, si pensamos que, en efecto, es posible que los días que nos deja libres “Seda” de Baricco en la semana 1 los podemos utilizar para llegar “safe” a la semana 2 leyendo “El nombre de la rosa”. Y así.

Veinte años. Si hubiera yo iniciado el reto cuando compré el libro, que fue aproximadamente a mis 40, hoy que tengo 53, ya llevaría más de la mitad.

Pero no.

La verdad es que no he hecho mis deberes y he gastado precioso tiempo lector con “El pequeño Nicolás” y “La maravillosa medicina de Jorge” en vez de leer La saga de Gosta Berling o “Viaje sentimental por Francia e Italia”. Ya ni hablar de las veces que he repetido “Vamos a cazar un oso” con mis hijos o que me asomo, subrepticamente, de vez en cuando al “Capitán Calzoncillos”.

Como no creo llevar ni la cuarta parte de tales lecturas obligadas, mi conclusión es que algún día moriré y no habré cubierto la cuota. Y lo peor es que me veo llegando a las puertas del cielo y una vez que San Pedro resuelva que si hizo la vista gorda con Lovecraft, por qué no conmigo, yo le pregunte si hay modo de leer dentro y él me conteste: “¿Leer? Aquí sólo se toca el arpa. Tome su túnica y fórmese con aquellos”. Me veo golpeándome la frente y lamentando el haber perdido la oportunidad de leer “La montaña mágica” por toda la eternidad.

Todo este prolegómeno para decir que terminé poniendo el libro de los 1001 deberes en el último rincón del librero más arrinconado de mi casa. Y así, leo a “Manolito Gafotas” las veces que quiera sin que ningún montón de papel encuadernado me lo venga a reclamar desde su cómoda cubierta.

Porque entre más pronto llegue uno a la conclusión de que NO HAY LA OBLIGACIÓN DE LEER nada, más rápido corre el aire y se respira mejor.

Puede ser a los cuarenta, a los ochenta o a los seis años de edad. De hecho, uno lo sabe perfectamente a los seis años. Pero lo va olvidando poco a poco.

A los seis años nada es a la fuerza. Bueno... tal vez bañarse y levantarse temprano. Y comerse las verduras, claro. Pero en cuestión de lectura... que los premios Nóbel esperen su turno. Yo tengo muchos Anthonys Browne que leer.

Lo que me lleva al meollo de este coloquio.

Dice Borges que la lectura debe ser una forma de la felicidad. Y que así como el placer no es obligatorio, tampoco la felicidad.

Nosotros, los lectores del mundo, nos sentimos tan impelidos a contagiar esa felicidad que nos la pasamos recomendándola. Y es en ocasiones tan incomprensible para un lector que alguien, pudiendo leer, no lea, como debe ser para un amante del chocolate que alguien deteste el chocolate. (Aclaro que es ésta una imagen hipotética porque no estoy seguro de que exista alguien sobre la tierra que deteste el chocolate. Utilicé la analogía para hacer más ilustrativo lo que quiero decir, por ejemplo:).

*Campaña Nacional de la Promoción del Chocolate.*

*Instituto del Fomento a la degustación del chocolate.*

*Señores padres de familia, promuevan el chocolate en sus hijos.*

-Es que mi niño no come chocolate.

-¿Ya intentó con el de la vaquita, señora?

-Pues sí, pero lo dejó a la mitad.

-Mire, no sé si sabe que en el área infantil del Fondo de fomento chocolatoso hay promotores los domingos en la mañana pasando barritas entre los niños.

-Ya lo llevé dos semanas. Y ni la envoltura le quitó. No sé qué hacer, estoy desesperada.

-Señora... sea honesta conmigo... ¿usted come chocolate frente a sus hijos?

Queda claro el chiste, ¿no? No existe ningún instituto de promoción chocolatería porque el chocolate no necesita que nadie lo ande recomendando. Basta con pasar frente a la chocolatería de la esquina para ser invitado a entrar por el aroma y salir perfectamente bien surtido.

Pero... si la lectura, para nosotros los lectores, es como el chocolate. ¿Por qué hay que estar convence y convence y convence a los que no leen de que se acerquen y tomen y prueben y se queden, por amor de Dios, de este lado?

Para un lector basta con pasar frente a la librería de la esquina para ser invitado a entrar, no por el aroma, pero sí por la promesa de lo que se puede uno encontrar del otro lado de la puerta, y salir perfectamente bien surtido.

¿No se sienten agotados, a veces, de tanto intentar contagiar felicidad?

Yo sí.

Ha habido escuelas en las que de plano he dicho, para espanto de las maestras. "Niños, si no quieren leer, no lean. Ustedes se lo pierden."

Bueno. La verdad es que sólo fue una escuela. Y no me volvieron a invitar jamás.

Pero volvamos a Borges.

*"Siempre les aconsejé a mis estudiantes: si un libro los aburre, déjenlo, no lo lean porque es famoso, no lean un libro porque es moderno, no lean un libro porque es antiguo. Si un libro es tedioso para ustedes, déjenlo... ese libro no ha sido escrito para ustedes. La lectura debe ser una forma de la felicidad."*<sup>1</sup>

Y juntémoslo con esto otro, dicho por Pennac:

*"El verbo leer no soporta el imperativo. Aversión que comparte con otros verbos: el verbo "amar"... el verbo "soñar"... Claro que siempre se puede intentar. Adelante: "¡Ámame!" "¡Sueña!" "¡Lee!" "¡Lee!" "*<sup>2</sup>

¡Lee!

---

<sup>1</sup> Borges, Jorge Luis. Fragmento del documental "Borges para millones".  
<https://www.youtube.com/watch?v=e0EdcdiVnHI>

<sup>2</sup> Pennac, Daniel. *Como una novela*. España, Ed. Anagrama. 2020

Y nos queda esta bonita combinación:

¡DEJA EL NETFLIX DE UNA BUENA VEZ Y PONTE A LEER EN ESTE MOMENTO  
PORQUE YO LO DIGO!

¡Ah! Y sé feliz. Por cierto.

Sí. A mí también me agota. Pero es que tal vez, y sólo tal vez... estemos olvidando qué es exactamente lo que nos hace felices en la lectura.

Porque puede haber diversas formas de la felicidad, eso es cierto. Pero he aquí la que me funciona a mí y que es la que he venido a compartir con ustedes.

¿Son los personajes, las anécdotas, el tamaño de la letra, el olor del papel?

¿Es el poder presumir en redes que terminé el cuarteto de Alejandría de pie en el metro y sin perder el peinado?

¿Es acaso lo cool que resulta ser visto con un libro en la mano en un café de la colonia condesa?

¿Qué es lo que me hace feliz en realidad de la lectura?

Es algo que descubrí, para mi enorme fortuna, cuando ya llevaba años de ser el tipo de lector que soy y que me ha permitido seguirlo siendo.

Porque hubo un momento en que me pregunté si valía la pena sentirse feliz leyendo, si todo el mundo estaba hablando del último best seller mientras yo seguía emocionándome con Charles Dickens o con Terry Pratchett o con algún colega mexicano de LIJ.

Me pregunté cuál era el misterio de que siguiera disfrutando de los libros si no leía lo que se supone que tenía que leer.

Y llegué a la conclusión, feliz por cierto, de que no hay gran misterio. Porque soy lector desde hace muchos años y siempre me ha causado felicidad pasear los ojos por las páginas de un libro.

Y la gran razón es esa. Justamente.

Lo que acabo de decir.

Lo que me hace feliz es la lectura en su forma más elemental. Pasear los ojos por las páginas de un libro. Recorrer una línea y luego otra. Sentir la fuerza de una palabra. Paladearla. A

ella y a su imagen, y luego a la idea de la frase, y luego el párrafo que las contiene y que me lleva, como fin último, a la comprensión de una historia que me hace experimentar sensaciones.

Eso. Eso justamente.

No el agotar libros.

De nuevo: mi felicidad está en el leer, no en el agotar libros.

Y he aquí mi epifanía: el único índice lector que nos debería de importar es el de la siguiente encuesta mínima:

Dígame, señor, señora, señorita. ¿Está usted leyendo algo en este momento de su vida? Qué bien. Palomita. Que tenga buena tarde.

Y ya. Punto.

Porque la cifra consecuente se vuelve un poco siniestra. “Sí, pero... ¿cuántos libros lleva leídos en el mes, año, lustro? ¿Y en toda su vida? ¿Sabía que algún día morirá y a ese ritmo jamás leerá a FULANO DE TAL que es un autor fundamental?

Tal vez sea buen momento para admitir que, como indica el título de esta charla, leer es vivir. Y que la vida tiene que sorprendernos leyendo. Y que lo demás es lo de menos.

Porque...

¿Quién es más lector, el que lee una y otra vez a un sólo autor o el que lee una y otra vez un sólo género o el que lee sólo un libro incansablemente o el que lee todo lo que le cae en las manos... si todos ellos son felices leyendo y, simplemente por eso, no dejan de leer?

He aquí mi propuesta de felicidad:

Apreciar que tiene más virtudes la lectura minuciosa que la mera acumulación de títulos en el inventario de nuestra cosecha lectora.

Okey. Sonó demasiado pomposo. Bueno. ¿Qué tal así?

Hay más felicidad en una línea de lectura presente que en todos los libros leídos hasta el momento.

“Mi amigo el académico leyó 150 libros en septiembre. Y le puede hacer a usted un ensayo de la corriente literaria que los comprende a todos sin sudar una gota.”

¡Bravo, maestro!

“Mi tía Lupe sigue leyendo el libro que le prestaste. ¡Ah, pero qué bien que se la está pasando!, ¿eh? Se ríe a a cada rato”

Trompetilla para la tía Lupe.

Pensemos en las letras como átomos. Las palabras como moléculas. Las frases como materia prima. Los capítulos como objetos. Los libros como paisajes maravillosos.

Lo que yo llamo lectura minuciosa nos permite volver a enamorarnos de la palabra. Y dejarnos llevar, molécula a molécula, palabra a palabra, por ese recorrido del paisaje sin querer abarcarlo todo de un solo golpe. Es detenerse en la textura y el color y el brillo porque reconocemos que cuentan y que importan.

La lectura concienzuda contra la lectura a ojo de pájaro. Disfrutar una historia en vez de sólo enterarse de qué va.

Justo es la diferencia entre contemplar un Van Gogh de pie, directamente en el Museo D’Orsay, por varios minutos, a verlo con un golpe de índice sobre la pantalla del celular.

“Ah, sí. Unos girasoles. Creo. Oye, ¿ya viste este meme?”

Leer es vivir.

Y la vida tiene un ritmo.

Uno donde los segundos son segundos y los minutos, minutos.

Y para que la felicidad esté al alcance, en la vida y en la lectura, debe ajustarse al ritmo pausado que permite el nacimiento natural de las emociones.

La lectura minuciosa permite escuchar la voz del narrador en tu cabeza. Y ver a la ballena en toda su dimensión. Y sentir el mar proceloso. Y experimentar el miedo. Y luego, la esperanza. Y luego, el júbilo. Y luego...

Todo eso, sólo puede ser real, si se respeta la cadencia. La pausa. El silencio. Que son propios del lenguaje y no meros artificios ornamentales.

Porque es de lenguaje que están compuestos en realidad los libros.

¿Por qué la novena sinfonía de Beethoven tiene el poder de conmovernos tanto?

Fácil. Porque se le concede el tiempo exacto.

Nadie que quiera ser feliz presiona el “play” y, pasado el primer minuto, aplica un “fast forward” para ver qué pasa al final.

No con la novena, por amor de Dios.

Bien. Pues así con la vida y así con la literatura.

Me he dado cuenta de que se es más feliz si se lee sin pensar en lo que traerá el capítulo siguiente. O si el clímax nos desilusionará. O cuánto falta para el final. O si el autor es sueco o mexicano. O si tiene un nóbel o si está en la mesa de novedades o si está en la lista de los más vendidos o si es LIJ o si es noir.

Me he dado cuenta de que se es más feliz si se lee apreciando cada palabra, cada frase, cada idea, como si fuesen únicas en una ventana que no nos permite ver más. Ni hacia atrás ni hacia adelante. Ni el título, ni la contraportada, ni la editorial, ni el autor. Sólo nos acompaña la memoria de lo que ya leímos y que va construyendo ese paisaje maravilloso en nuestro interior para dar forma a una historia que, al final, nos dejará plenamente satisfechos y sin saber exactamente porqué.

Con esta forma de lectura se es feliz tanto al principio de una novela como al final, como en medio, como en el segundo párrafo de un cuento, o en el tercer verso de un poema. Siempre igualmente feliz. Siempre. Porque...

Hay más felicidad en una línea de lectura presente que en todos los libros leídos hasta el momento.

Porque...

Hay más felicidad en lo que está ocurriendo que en lo que ya ocurrió.

Nuevamente Borges, que nos hace reparar en la belleza de una sola palabra. Y qué palabra. ¿Eh?

*Pensemos en una cosa amarilla, resplandeciente, cambiante; esa cosa es a veces en el cielo, circular; otras veces tiene la forma de un arco, otras veces crece y decrece. Alguien –pero no sabremos nunca el nombre de ese alguien--, nuestro antepasado, nuestro común antepasado, le dio a esa cosa el nombre de luna, distinto en distintos idiomas y diversamente feliz. Yo diría que la voz griega Selene es demasiado compleja para la luna, que la voz inglesa moon tiene algo pausado, algo que obliga a la voz a la lentitud que conviene a la luna, que se parece a la luna, porque es casi circular, casi empieza con la misma letra con que termina. En cuanto a la palabra luna, esa hermosa palabra que es común al italiano, consta de dos sílabas, de dos*



*piezas, lo cual, acaso, es demasiado. Tenemos lua en portugués, que parece menos feliz; y lune, en francés, que tiene algo de misterioso.*

*Ya que estamos hablando en castellano, elijamos la palabra luna. Pensemos que alguien, alguna vez, inventó la palabra luna. Sin duda, la primera invención sería muy distinta. ¿Por qué no detenernos en el primer hombre que dijo la palabra luna con ese sonido o con otro?*

[...]

*En alemán, la voz luna es masculina. Así Nietzsche pudo decir que la luna es un monje que mira envidiosamente a la tierra, o un gato, Kater, que pisa tapices de estrellas. También los géneros gramaticales influyen en la poesía. Decir luna o decir “espejo del tiempo” son dos hechos estéticos, salvo que la segunda es una obra de segundo grado, porque “espejo del tiempo” está hecha de dos unidades y “luna” nos da quizá aun más eficazmente la palabra, el concepto de la luna. Cada palabra es una obra poética.<sup>3</sup>*

Después de estas líneas, la palabra luna adquiere belleza por sí misma. ¿Habría forma de leer o escuchar, ahora la palabra luna y no pensar en ella como poseedora de toda la hermosura de aquello que representa?

¿Cómo se podría ser feliz con la lectura si no se le permite sacudirnos átomo por átomo, molécula por molécula, unidad por unidad, segundo a segundo, reconociendo que así como la luna, el árbol, el mar, un geranio y todos los ruiseñores poseen por sí solos la belleza intrínseca de aquello que representan?

En resumen...

Detrás de cada obra literaria hay una voz. Y a esa voz le dio vida un ser humano. Una persona de carne y hueso que esculpió, letra por letra, las frases e ideas que culminaron en dicha obra. Esa persona, ese autor, con dedicación y cariño, con tesón y voluntad, pensó la conveniencia de decir polvo o decir tierra, la conveniencia de que ella se enamorase de él o lo despreciara, de que el corazón de un viejo se detuviera o prolongara sus latidos un par de capítulos más. Esa persona, esa dama, ese caballero, con toda la incertidumbre de no saber si se está equivocando, con la única guía de su propio instinto por conseguir que su lector sea

---

<sup>33</sup> Borges, Jorge Luis. *La poesía. Siete Noches*. México. Fondo de Cultura Económica. 1986

sacudido, interpelado, conmovido, zarandeado, pensó en algún momento que pintar un crepúsculo era mejor que cargar las nubes de lluvia, o que ella se llamase María en vez de Cosette, o que la palabra melancolía funcionaba mejor que tristeza.

Y sólo deteniéndonos en cada minucia, en cada vocablo, se escucha la voz de ese escritor que ofrendó su voz para nuestro deleite, más que para nuestro conocimiento.

Ahora, tomemos a Tolstoi como último ejemplo, con un pasaje poco emblemático de Ana Karénina.

Es un pasaje que acaso el autor hubiera podido resolver en dos líneas. Pero eligió apostar por la belleza.

Y voy a echar mano de la música para poner más énfasis en la importancia del tiempo al narrar. Tal vez sea una intervención exagerada, pero creo que viene a cuento.

Porque de repente Levin se pone a segar el heno y a uno, gente del siglo XXI, le parece que la historia ya empezó a desmoronarse. Acostumbrados como estamos a que en la página 3 ya estallaron todas las bombas, que un patrón ruso se siente a compartir el pan con sus campesinos, más si se nos prometió una novela de pasión arrebatada, nos puede parecer, pues sí, pajoso. Pero también es posible, sólo posible, que si decidimos que no es tan importante correr a la siguiente novela, y si decidimos que tal vez, sólo tal vez, cada letra importe, entonces podamos dar con esa belleza que sólo se encuentra en pasajes con muy poca o ninguna pirotecnia.

*(Acompañamiento sutil en el piano. Gm – C7 ; F – C – Dm – C ; Dm – Am – Bb – F)*

*Trabajaron un poco más. Luego, el viejo se detuvo.*

*-¡Ea, señor, ya es hora de comer! –dijo decididamente.*

*Acercándose al río, los segadores se dirigieron a sus caftanes, junto a los que les esperaban los niños que traían la comida. Los aldeanos que llegaban de más lejos se colocaron bajo los carros y los de más cerca a la sombra de los sauces, extendiendo antes en el suelo manojos de hierba.*

*Levin se sentó junto a ellos. No tenía deseos de irse.*

*El malestar que imponía a los hombres la presencia del amo se había disipado hacía rato. Los aldeanos se preparaban a comer. Algunos se lavaban. Los niños se*

*bañaban en el río. Otros preparaban sitios para descansar, desataban los saquitos de pan, destapaban los jarros de kwass.*

*El viejo cortó pan, lo echó en su tazón, lo aplastó con el mango de la cuchara, vertió agua del botijo de lata, volvió a cortar pan y, poniéndole sal, oró de cara a oriente.*

*-¿Quiere probar mi tiuria, señor? –dijo, sentándose y apoyando el tazón en las rodillas.*

*La tiuria estaba tan buena que Levin desistió de ir a casa. Comió con el viejo, hablándole de los asuntos que podían interesarle y poniendo en ellos la más viva atención, a la vez que hablaba también de aquellos asuntos propios que podían interesar a su interlocutor.*

*Se sentía moralmente más cerca de su hermano y sonreía sin querer, penetrado del sentimiento afectuoso que el viejo le inspiraba.*

*El anciano se incorporó, rezó y se tendió allí mismo, a la sombra de unas matas, poniendo bajo su cabeza un poco de hierba, y Levin hizo lo propio; y a pesar de que las fastidiosas moscas y otros insectos que zumbaban bajo el sol le cosquilleaban el rostro sudoroso y el cuerpo, se durmió en seguida y no despertó hasta que el sol, pasando al otro lado de las matas, llegó hasta él.*

*El viejo, que hacía rato que no dormía, estaba sentado arreglando las guadañas de los mozos.*

*Levin miró en torno suyo y halló tan cambiado el lugar que apenas lo reconocía. El enorme espacio de prado estaba segado ya y brillaba con una claridad particular, nueva, con hileras de hierbas olorosas a heno bajo los rayos del sol ya en su ocaso. Distinguíanse los arbustos, con la hierba segada en torno, próximos al río; el río mismo, no visible antes y ahora brillante como el acero en sus recodos; la gente que se despertaba y se ponía en movimiento; el alto muro de las hierbas en la parte del prado no segada aún, y los buitres que revoloteaban incesantemente sobre el prado desnudo.*

*Era un espectáculo completamente nuevo.<sup>4</sup>*

---

<sup>4</sup> Tolstoj, León. *Ana Karénina*. Clásicos de la literatura. artnow.org

¿No se sienten agotados ustedes también de intentar, todo el tiempo, contagiar felicidad?

Sí. Tal vez.

Pero acaso sea el único altruismo al que no podemos renunciar.

Porque acaso sea la lectura, esto no lo dijo Borges pero pudo haberlo dicho, acaso sea la lectura la felicidad más propicia. Porque las historias no se desgastan. No pierden valor. Y pueden ser pasadas de mano en mano, de generación en generación, y siempre transmiten la misma belleza.

Quizás lo que nos toque, nada más, es recordar, siempre que podamos, que el placer de leer, como la vida, ocurre en el momento. Y que no importa que hayas leído cien bibliotecas veinte veces, ida y vuelta. Lo que importa es el libro que estás leyendo ahora, en este momento, gordo o delgado, pasta gruesa o rústica, de autor decimonónico o contemporáneo, nacional o extranjero. Porque es ahora, y no ayer y no mañana, que la vida ocurre. Y es ahora, hoy, en este momento, que la lectura importa.

Y ya para irme, quiero parafrasear por último a Borges, haciendo un pequeño ajuste a su famosa y más citada frase.

Yo no me jacto de los libros que he escrito. Y tampoco de los que he leído. Me jacto de tener siempre un libro en el buró junto a mi cama.

Muchas gracias.